

mina el impacto de las divergentes prácticas coloniales sobre un grupo particular de indios mexicanos. La respuesta indígena era a veces positiva, a veces negativa, entusiasta y apática (. . .) El análisis y periodización de estos acontecimientos, con especial atención en el detalle y la cronología precisa, son los propósitos del libro" (p. ix). Y: "El hecho

central y dominante en la Tlaxcala del siglo XVI es la supervivencia física de sus habitantes nativos. Su presencia confiere un carácter casi etnológico al análisis histórico" (p. 190).

18) Debe destacarse en la producción de John McAndrew: "Tecali, Zacatlán, and the Renacimiento purista in México", (en colabo-

ración con Manuel Toussaint), *The Art Bulletin*, XXIV, 4, 1942; *The Open-Air Churches of Sixteenth-Century México, Atrios, Posas, Open Chapels, and other Studies*, Cambridge, Harvard University Press, 1965.

19) Manuel Toussaint, *Paseos coloniales*, México, Imprenta Universitaria, 1939.

El ejército y la política

Esteban Sánchez de Tagle

Christon I. Archer, *El ejército en el México borbónico 1760-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, 413 pp.

En 1762, con la Guerra de los Siete Años, Europa obliga al decadente imperio español a ampliar el escenario militar hasta las cada vez menos remotas posesiones americanas. Algunas ciudades coloniales, como Manila y la Habana, habían sido tomadas por los ingleses. Con la Paz de París, España pierde además sus viejas pretensiones de dominio en Italia. Al abandonar esta vieja y costosa lucha, se ve obligada a replegarse en sí misma. Debilitada, no puede contener por más tiempo, la avidez con que sus enemigos veían el crecimiento de sus

posesiones ultramarinas.

Más y más los europeos violan el cerco con que España había mantenido ocultos sus dominios americanos; su geografía, sus riquezas, su historia, comienzan a salir del misterio. Nuevas colonias europeas en América, las expediciones científicas, el contrabando, las negociaciones diplomáticas, minaron la exclusividad española en América. Por otro lado, el desarrollo alcanzado por las colonias brillaban ya con luz propia. Había pues que prepararse para la guerra en América.

Con el arribo de los ejércitos españoles a Nueva España y la consigna de la formación de una fuerza militar colonial, hasta entonces inexistente, da comienzo la historia que nos relata Christon I. Archer. Como veremos, lejos de ser solamen-

te el análisis de la formación de un ejército más, se trata de la irrupción de una institución cuya jerarquía, jurisdicción y peculiar organización, vino a transformar el sistema político colonial.

Es bien conocido el hecho de que el surgimiento de los estados nacionales europeos en el siglo XVI fue acompañado por una obsesiva sed de recursos, lo que les exigía una energía renovada y una vitalidad siempre alerta. Esta urgencia, despertó una ambición que rompió los confines de la tierra para volverla inmensa y redonda. La historia que se escribió entonces y por mucho tiempo más, dedicó sus capítulos centrales al relato de esta épica y a la exaltación de sus héroes. Por ello, participar en las batallas era la puerta de acceso al prestigio y a la pro-

piedad. La nobleza, los artistas, aun los santos quisieron ser antes que nada soldados.

Tocó a España, por el vigor de su primer impulso, adueñarse de los tesoros que poseía el Nuevo Mundo. Quienes ganaron para la Corona tan inmensos dominios, segundones, aventureros y hasta prófugos de la justicia, recibieron a cambio cuanto España podía otorgarles: poder sobre hombres, tierras y títulos nobiliarios y militares.

Conquistado el Nuevo Mundo y agotado el botín de la guerra, las colonias en formación, tan lejanas al teatro de la aventura imperial europea, fueron obligadas a colaborar de manera secundaria. Muy distinto a la aventura en que podía descollar el europeo, al español americano correspondió el de dirigir los complejos mecanismos económicos, sociales y políticos creadores de la riqueza metropolitana. Actividad cuyos esfuerzos despreciaba tanto el arrogante militar. Por ello, para no dejar dudas del papel que se asignaba a las colonias España las desarmó —nos recuerda Archer— concertando el sistema burocrático más avanzado de la época y obligando a sus súbditos a un nuevo lenguaje: los conflictos comenzaron a dirimirse por la vía legal.

La épica en las colonias pierde así su temática propia, su lucimiento. Acá las cosas comienzan a hacerse y considerarse de manera distinta. Resulta más que significativo que el término soldado, confunda en esta época y al menos en estas tierras su connotación precisa para designar al marginado, al trotamundos: una ubícua lacra social. Acá el

caballero es mercader y el mercader caballero puesto que los rangos nobiliarios, antes premio a las conquistas y las victorias militares, ahora se intercambian por servicios administrativos o pecunarios. El único linaje local, orgulloso de sus raíces, habría de ser aquel capaz de remontarse a un ancestro conquistador. En el silencio impuesto al Nuevo Mundo, la iglesia utilizaría como nunca antes, la fuerza disuasiva del confesionario, del púlpito, de la cátedra y de la inquisición. De esta manera fue posible que hasta mediados del siglo XVIII, las colonias, Nueva España entre ellas, desconocieran prácticamente la fuerza militar.

El hilo conductor del trabajo de Archer son las incesantes dificultades por las que atravesó la Corona española para la implantación de la institución militar en tierras americanas. Es decir, la aclaración reiterada, a lo largo de las casi 400 páginas que tiene el libro, de que la formación del ejército significó algo

En otras palabras, el intento de llevar a efecto los planes militares del imperio, chocaron de frente con la realidad colonial. Es este enfrentamiento de la voluntad imperial con la inaprehensible realidad local, el que nos descubre de manera permenorizada las formas y transformaciones a las que la institución militar tuvo que amoldarse en su intento por imponerse como institución privilegiada en la que habría de ser la nueva administración borbónica. Pero más aún, nos rebela como en un corte transversal, signi-

ficativas características de la sociedad que se desea "uniformar". Con ello, Archer rebasa una temática estrictamente militar para ahondar en la más rica de la historia social.

Fiel al propósito de su libro, el autor nos relata la decisión muchas veces despótica con que los funcionarios de Carlos III, dentro del programa más amplio de la reforma administrativa, intentaron conformar la defensa de la colonia negando a los criollos, al poder económico local, el acceso a los puestos de comando. De esta manera el autor atiende profíjamente desde los planes impracticables, en términos de costos, de exportar desde la península a las organizaciones militares completas, hasta las más realistas aunque difíciles, de conformar una milicia local autofinanciada y dócil a las exigencias imperiales; así mismo nos detalla las vicisitudes de un proceso en el que tantos funcionarios fracasaron pese a la voluntad real; y no olvida, por otra parte, la descripción y análisis de los más relevantes proyectos militares y de las dificultades de su instrumentación: las exigencias estratégicas de defensa local que enfrentaban a los funcionarios con una geografía accidentada, de climas adversos e inhóspitos en algunas regiones, de ingentes distancias como las que separaban al centro administrativo de la ciudad de México con los puntos vulnerables de los puertos y fronteras. Pero, lo más importante: la lectura del libro de Archer deja claro que los problemas distaban mucho de surgir exclusivamente de la inexistencia previa de las fuerzas

armadas. La formación del ejército era parte fundamental de la radical reforma que emprendió Carlos III en las colonias, con vistas a aumentar los ingresos reales provenientes de estas tierras. Así el ejército se convirtió en polo del recelo y aún de la aversión con que los criollos veían reinstrumentar la explotación de la colonia, sin que ellos pudieran participar.

El funcionario español se enfrentó con la indolencia, cuando no con la abierta renuencia a cooperar en la formación de una defensa que no dejaba sitio a los novohispanos. Esta actitud provocada por la prepotencia del funcionario español, sirve a Archer para explicar centralmente los vaivenes de la formación de la tropa, sus dificultades y los indudables logros, que al menos en términos de la organización de la milicias, hubo en tiempos del virrey Branciforte.

Sin embargo, pasa por alto, y es esta una carencia fundamental, el carácter represivo del ejército. Carácter que no por velado, pudo dejar de testimoniar la colonia. Desde su arribo, estas fuerzas fueron utilizadas para llevar a cabo, con una energía hasta entonces desconocida, las medidas que inauguraron las reformas.

La presión criolla por apoderarse del control de la fuerza militar, sobre todo de la miliciana, significó la lucha política fundamental. Hemos ya hablado del papel ideológico que jugó la guerra, y no cabe duda que su ausencia en las colonias debe haber creado una "sed de puestos" entre los enriquecidos criollos como quiere C. Archer. Pero esto era sin duda accesorio. Si los criollos mostraron tal exigencia era por el poder político que esto conllevaba. El crear una novedosa institución recargada de poder y privilegios cuyo control se niega, de nue-

va cuenta, al poder económico local, tocó el nervio más delicado de las relaciones de las clases propietarias con el soberano; desde siempre, los criollos habían luchado por la participación en el dominio político de la colonia.

Resta sólo añadir que al considerable esfuerzo de haber sabido entrelazar tan estrechamente una historia institucional a la más amplia y compleja trama de historia social, Archer añade los frutos de una investigación meticulosa que ha urgado en las fuentes primarias de los archivos más diversos. La obra, cuya traducción publica el Fondo de Cultura Económica, viene sin lugar a dudas a enriquecer nuestro conocimiento de una etapa histórica, que más y más muestra las peculiaridades de una época con características propias: la época de las Reformas Borbónicas.

Artesanía, comercio y ciudad

Virginia García Acosta

Jorge González Angulo
Artesanado y ciudad a finales del siglo XVIII, México, Fondo de Cultura Económica— SEP, Sep/80
núm. 49, 1983, 248 pp.

Durante mucho tiempo se estudió a la ciudad de México en la época colonial desde la perspectiva de las

crónicas, leyendas y anécdotas. Si bien todas éstas han sido útiles, en los últimos años se han realizado diversas investigaciones que tienen como fin un análisis científico y sistemático del fenómeno urbano. En un principio se cayó en vicios como identificar a la ciudad novohispana con las ciudades feudales

o preindustriales, trasladando de manera mecánica enfoques y conceptos europeos al caso mexicano. Ello provocó enormes confusiones que se intentan esclarecer con nuevas investigaciones y profundas reflexiones y discusiones, las cuales se han emprendido en base a la reinterpretación de los datos y a la